

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NUMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 13 DE FEBRERO DE 1910.

NÚM. 111.



## LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

CONTINUACIÓN

La primera dificultad que se ofreció á los dos aventureros, fué la de encontrarse cerradas la puerta y la ventana única que tenía la choza.

*Cresta de oro* ordenó á su amigo, que se mesaba los cabellos ante tal contratiempo:

Ayuntamiento de Madrid

—Ponte al pie de la ventana y aguárdame; veré si puedo levantar con el pico la taravilla.

Entróse el audaz animalito y, al poco rato, oyó Gerineldo que le decía:

—Da un empujón á la madera.

Siguió el rapaz la orden y la ventana quedó abierta; agarrándose con ambas manos al alféizar y gateando, pudo Gerineldo saltar al interior de la choza.

*Cresta de oro* le condujo hasta el sitio de la chimenea en donde hallábase oculta la arquilla y, mandándole con lacónica concisión que la recogiese, le advirtió que podía guardarse en los bolsillos cuantas sobras del banquete cupiesen en ellos.

Gerineldo ejecutó rápidamente las instrucciones dadas por su compinche y, al poco rato, encontrábase uno y otro en lo más intrincado del bosque.

*Cresta de oro* guió á su amigo hasta la hoguera que éste había encendido; aún humeaban las brasas.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó Gerineldo sentándose cerca de la lumbre y sacando de uno de los bolsillos del chaquetón un pedazo de pan tamaño como una libreta y una pata de pollo.

—Recoge de la arquilla los papeles y guárdatelos en el pecho.

—¿Nada más...?

—Echa la arquilla á la lumbre.

—¿Y después...?

—¿Después...? ¡A la corte...!

—¿A ver al rey...?

—Naturalmente.

### III

SE DEMUESTRA LO PELIGROSO QUE ES PARA UN VAGABUNDO LLEVAR ONZAS DE ORO EN LOS BOLSILLOS

Con rumbo á la corte caminaban rapaz y gallo.

Gerineldo, aparte la satisfacción que le producía el honroso é importante papel que iba á representar cerca del rey, sentíase dueño del mundo porque en el bolsillo llevaba unas cuantas onzas de oro que encontró en la arquilla con los papeles de la conspiración.

*Cresta de oro*, aunque gallo, forjábase grandes ilusiones con la embajada. El imbécil monarca, como le llamaban los revolucionarios, atendería como era debido á los salvadores de su trono; Gerineldo llegaría á ser un gran personaje en palacio, y en cuanto á su compinche, sabría sacar partido de las circunstancias en los reales gallineros; ya que no el niño, sería el gallo mimado de la corte.

Embelesados en tan dulces fantasías, nuestros amigos entraron en una gran ciudad, á tiempo que descargaba un espantoso chaparrón.

Gerineldo decidió detenerse en la primera posada que halló al paso y, después de pedir, con gran sorpresa del posadero, que le sirvieran

de comer de lo mejor que hubiese, encargo que le comprasen un vestido decente, sombrero, camisa, medias y botas nuevas. Advirtió el vagabundo el gesto de desconfianza del huésped al oír tales pedidos, y con aire de triunfo sacó una de las onzas entre el alborotador tintineo que como despedida produjeron las que quedaban en el bolsillo.

Recogió la moneda el posadero, y al poco rato volvió, no como esperaba Gerineldo que volviese, acompañado de los proveedores, sino de dos alguaciles que, saludando al azorado rapaz como á un ladronzuelo, le ordenaron que les siguiese á la cárcel, mientras se averiguaba la procedencia de aquel dinero sospechoso que llevaba consigo. A pesar de las protestas del acusado, apoderáronse los alguaciles—como garduñas que eran—de las monedas de oro y metiéronle en un lóbrego y húmedo calabozo que recibía la luz por una ventanita, cruzada con un barrote de hierro, que se abría á una calleja.

Quejábase amargamente el infeliz de su desventura, y aunque los papeles de la conspiración, su tesoro más preciado, no habían caído en manos de los ministriles, lamentábase de la desaparición de *Cresta de oro*, al cual no había vuelto á ver desde el momento en que á la posada asomaron sus carátulas repulsivas los alguaciles.

Llegó la noche, y el calabozo, sumido en tinieblas, antojábasele á Gerineldo una tumba. Corrían las ratas por el suelo de piedra dando chillidos que al prisionero poníanle carne de gallina. Llorando pensaba el infeliz que, si como á ladrón no le ahorcaban, destinaríanle para toda su vida á remar en las galeras del rey; preferible era la muerte á servir de galeote.

Tan lúgubres imaginaciones borráronsele de la mente al escuchar, ya bien entrada la noche, un ruido que resonó en el calabozo como si un objeto metálico chocase contra el pavimento. Miró á la ventana y no pudo reprimir una exclamación de gozo al ver recortarse en su vano la figura de *Cresta de oro*.

Como no habían atado al prisionero por ser harto seguro el calabozo y no muy segura la razón que á los de la justicia movía para encerrarle, pudo acercarse Gerineldo á la ventana.

—Recoge esa lima que he atrapado en la posada—le dijo en voz baja su compañero.—Apresúrate á cortar el barrote y no temas que te oigan, porque el único guardián de la cárcel está á la otra parte del edificio de francachela con unos amigotes y, según lo que beben, dentro de poco estarán todos borrachos. Vigilaré esta parte del callejón por si alguien se acerca.

Gerineldo arrumbó al pie de la ventana toda la paja que debía servir de lecho y, subiéndose á ella, pudo cómodamente limar el barrote.

Quedó éste arrancado; el prisionero, haciendo un poderoso esfuerzo muscular, logró asomarse al callejón; advirtió que la ventana alzábase á muy corta distancia del suelo, convertido por la lluvia en un fangal.

—Envuélvete la cabeza en tu chaquetón, como si fuese una chichonera, y tírate sin miedo—le dijo *Cresta de oro*.

*Continuará.*



## LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

### IV

Los truenos y relámpagos se sucedían sin cesar. Algunos rayos cayeron á cierta distancia de los pequeñuelos, y cientos de chispas eléctricas caían formando luminosos ziszás.

Cuando mil y mil exhalaciones rasgaban el aire formando en el bosque un fondo de fuego, Urso y Pipá vieron dibujarse, confusamente primero, distintamente después, las figuras luminosas, blancas, radiantes de tres hadas.

Tenían las cabelleras rubias como el oro y sobre sus cabellos fulguraban coronas de estrellas. Los ojos eran grandes y de un azul purísimo; el mismo azul que debieran tener las flores de la dicha. Sus dientes, que la dulce sonrisa descubría, tenían tan irresistible blancura, que más bien parecían las simientes de brillantes que iban á buscar los niños.

Los cuerpos de las hadas, frágiles y al parecer intangibles, se envolvían en blancas y tenues vestiduras, y dos alas blancas, sembradas de estrellas, decían claramente lo poco de humano que tenían las que aparecieron ante los asombrados ojos de Urso y Pipá.

Se aproximaron lentamente á los atónitos niños y, dándoles en las cabezas dos cariñosos golpecitos con una varita de oro que llevaban en la mano, les dijeron:

—¿Qué buscáis en medio de la espesura del bosque y entre los desencadenados elementos?

Pipá no se atrevió á responder y se puso trémula y ruborosa. El niño, siempre valeroso, tomó la palabra:

—Venimos en busca de un puñado de flores de dicha.

—¿Quién os mandó buscarlas?—preguntaron las hadas.

—Mi papá—contestó el niño.

—¿Y no te han arredrado los peligros que podías correr?

—Yo no tengo miedo nunca—respondió arrogantemente el pequeño.—Además—agregó con cierta dulzura,—me lo había ordenado papá... y... eso es bastante.

Urso creyó ver que las hadas blancas sonreían.

—¿Y por qué ha venido contigo esta pobre niña que, al parecer, está acobardada y medrosa?

—¡Anda, pues es muy natural!—continuó el niño, más sereno á medida que hablaba.—Pipá, porque esta niña se llama Pipá... Pues Pipá es mi amiga, mi compañera cuando juego y mi vecina también. Además, es muy buena conmigo... y su mamá también... Bueno... ¿Hubiese estado bonito que yo hubiera cogido flores de dicha y ella no? ¿Que yo hubiera tenido para mi papá un manojito de ellas y su mamá no...?

Las hadas sonrieron nuevamente.

—¡Pero si está muertecita de miedo!—dijo la más rubia.

—Es porque es un poquito tonta, ¿saben ustedes...? Pero ya se la pasará; han sido los truenos y los relámpagos los que la han puesto así... Pero en cuanto yo la anime se la pasará. Ya sabe ella que no puede ocurrirla nada mientras esté conmigo.

—¿Tan valiente eres, niño?—preguntaron las hadas.

—No es que yo sea valiente; pero es que la quiero mucho y no permito que la pase nada malo.

Urso notó de nuevo en las bocas de las blancas hadas la sonrisa luminosa y dulce que varias veces había aparecido.

—Muy bien, Urso...—dijeron las hadas.

—¿Saben ustedes cómo me llamo? ; Pues yo no lo he dicho!

—Nosotras lo sabemos todo—contestaron.—Pues bien, Urso; en vista de que eres un niño de excepcionales condiciones; en vista de que por obediencia á tu padre eres capaz de arrostrar peligros y contratiempos; en vista de que eres arrojado y valiente; en vista de que posee tu corazoncito la suficiente abnegación y bondad para no permitir que tu tierna compañera deje de participar de tu buena suerte, y para conseguirlo estás dispuesto á protegerla contra todos los peligros...

—¿Qué?—preguntó ansiosamente Urso.

—Pues ; que os invitamos á visitar nuestro famoso Castillo y á vivir unos cuantos días en él!

M.<sup>a</sup> ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



Ayuntamiento de Madrid



## EL ABACA

Este es el nombre tagalo de una planta, de fibra textil, que constituye una de las variedades de plátano originario de las islas Filipinas y de las Molucas, y que está muy extendida también en Austria, Asia, Africa y América, También se conoce á esta planta con la denominación de *cáñamo de Manila*...

La parte de ella que suministra ese cáñamo, es el tronco formado por las hojas arrolladas sólidamente unas alrededor de otras, y se componen de celdas muy grandes llenas de aire, cuyas paredes contienen las hebras fibrosas colocadas en sentido de la longitud del tronco. El diámetro de ésta es de unos diez centímetros en su base, y va disminuyendo hasta la altura de cuatro á cinco metros, que es el desarrollo máximo que alcanza la planta.

Difiere ésta poco en su aspecto del plátano común; su color es

verde obscuro y termina en un grupo de hojas oblongas y rígidas, las cuales tienen á veces dos metros de largas por medio de anchas.

La fibra del abacá llega á tener de un metro 80 centímetros á dos metros de larga por un milímetro de gruesa. Vista al microscopio presenta el aspecto de un haz de cañas pegadas las unas á las otras.

El terreno más apropiado para el cultivo de esta planta, es el volcánico, rico, fértil y fresco, particularmente en las laderas de las montañas de ese origen, que tanto abundan en las provincias de Albay y Canarias, en las Islas Filipinas. También se producen con facilidad en campos rasos, sombreados por árboles, no conviniéndoles los sitios despejados y sin abrigo ni los suelos pantanosos.

El abacá se multiplica por semilla y por estaca; es decir, sembrando los frutos y trasplantando los brotes tiernos que nacen alrededor de la planta.

En una hectárea de terreno pueden plantarse de 1.000 á 1.500 brotes de abacá, que producen un buen rendimiento.

Para obtener las fibras se corta el tallo á flor de tierra y se desca-beza por el otro extremo, despojándolo de las hojas y quitando las cubiertas exteriores. A los dos días se separan una á una las vainas que componen el tallo, que afectan la forma de tejas grandes, y que los filipinos llaman *sajas*. Las sajas ó pencas se dejan en el campo, y al día siguiente se cortan en tiras de tres á cuatro centímetros de ancho, en cuya cara interior y cóncava se practica una incisión, arrancándose la epidermis unida á la parte carnosa que está pegada á ella, de manera que quede la fibra tan limpia como sea posible.

Las tiras se desfibran por medio de un aparato llamado en Filipinas *panguiján*, que consiste en un cuchillo de madera, cuyo corte se apoya sobre un tronco aplanado de madera muy dura y pulimentada y que está sujeta á aquél por uno de sus extremos, mientras que el otro, que corresponde al mango, va unido á un pedal por medio de una cuerda á fin de poder apretar la cuchilla contra la madera. El operario coloca la tira, por su parte media, entre la cuchilla y el tronco y, graduando la presión con el pedal, tira de la raja y va separando las fibras de las restantes materias que forman la penca ó *saja*, limpiándolas de la pulpa y del jugo que contiene.

Una vez realizada esta operación, se secan al sol las fibras y con ellas se hacen grandes madejas que luego se llevan á los almacenes para su venta. Cuando se opera con cuidado, las fibras quedan casi blancas y con brillo; pero si han tardado en secarse, presentan un color amarillento que es indicio de que ha comenzado la fermentación.

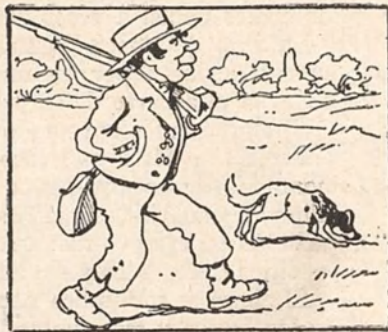
El abacá se usa para fabricar cuerdas, para hacer tejidos y para revestir cables telegráficos.

Los tejidos de abacá, hechos con la fibra más fina del borde de las pencas y pasados repetidas veces por la desfiladora, son tan finos como la mejor batista.

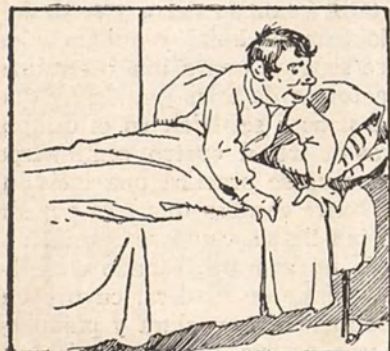
JUAN ANTON.



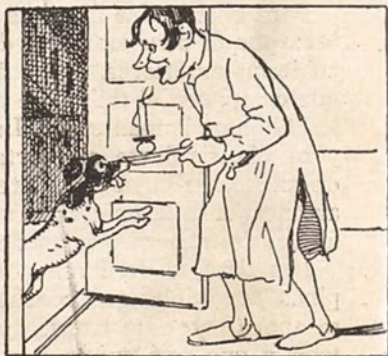
1. Mientras toman unas cañitas Pepe Luis y Juan Manuel, hablan de la inteligencia de algunos animales.



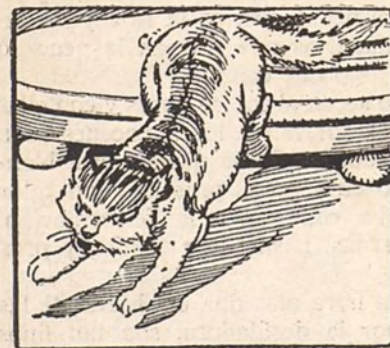
2. —Tenía yo—dice Pepe Luis—una perra de caza, muy lista y muy cariñosa, que era un prodigio.



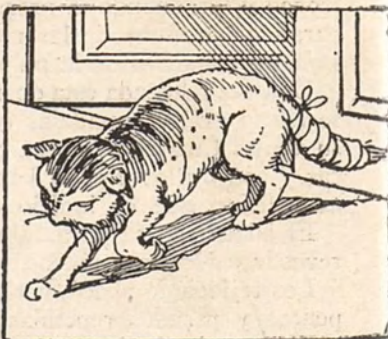
5. Una noche, viviendo en París, sentí que á las altas horas arañaban en la puerta de mi habitación.



6. Abro, y veo con asombro que era mi perra, que había averiguado dónde vivía y volvía á mi lado.



9. Pero un día, al darse una vuelta, metió el rabo en la lumbre y salió haciendo ¡fu! que era una pena.



10. Le vendamos la parte chamuscada y sin que nos enteráramos nadie, salió de casa.



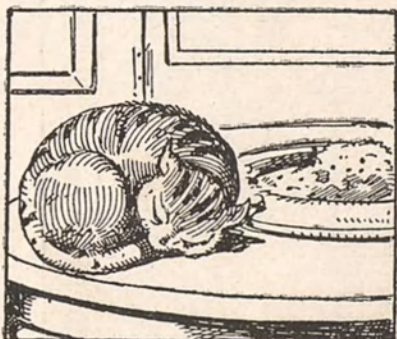
3. Salí corriendo tras una liebre, y tanto se alejó, que por más que esperé, me tuve que volver sin ella.



4. Pasaron dos años, y me fué preciso, para ciertos negocios de interés, trasladarme al extranjero.



7. —Notable es eso, compare— dijo Juan Manuel,—pero le voy á contar lo que hizo un gato que tuve.



8. Fué un invierno muy frío, y el animalito se pasaba todo el día acostado en la tarima del brasero.



11. Al poco rato volvió, trayendo una alambreira que había ido á comprar al rastro. ¿Qué tal?



12. —¿Y de dónde le trajeron á usted ese gato, camará?  
—De donde á usted la perrilla.

# UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

## VII.

Con este rey, de quien vamos á hablar ahora, terminaremos la docena colocada en este paseo del Retiro.

—Este es Fernando IV, papá.

Ya lo veo, Juanito, que á Dios gracias tengo buena vista.



CARLOS IV

plidamente que fué tan buena madre como administradora.

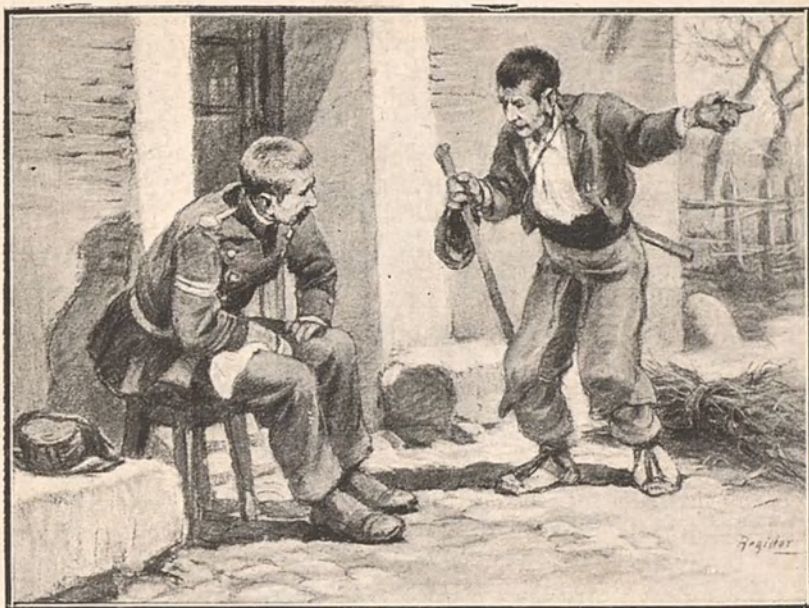
—Bueno. Te faltan algunos detalles del reinado, pero ya sabes que yo no soy exigente. Dime ahora por qué se le llama el *Emplazado* á Fernando IV, y estamos al cabo de la calle.

—Porque le emplazaron ante el tribunal de Dios dentro de los treinta días de su muerte, los hermanos Carvajales, á quienes hizo arrojar por la peña de Martos sin formación de causa.

—Fernando IV el *Emplazado*, hijo de Sancho IV y de doña María de Molina...

—¡Cómo se conoce que éste no era godó...! ¡Te sabes su historia de carretilla...! Anda, continúa...

—... y de doña María de Molina, bajo cuya regencia transcurrió su minoría de edad, que fué muy accidentada porque los infantes D. Juan y don Enrique aspiraban al trono. Ya casado Fernando IV con la infanta de Portugal, empezó á reinar sólo, aunque en realidad, el infante D. Juan y D. Juan Núñez eran los verdaderos reyes. Por ellos se hizo impopular Fernando IV, como se demostró en las Cortes celebradas en Medina, donde casi todos los representantes expusieron muy fundadas quejas contra él, en nombre de las ciudades. El también demostró su ingratitud contra su madre, exigiéndola, indirectamente, las cuentas de su regencia. Doña María de Molina pudo confundir á sus destructores, demostrando cum-



RELATOS DE CAZA

## CAZA ESTUPENDA

Estaba el cabo de la Guardia civil sentado sobre un taburete á la puerta del cuartelillo, ocupado en la plácida tarea de fumar al sol, cuando llegóse á él, corriendo calle abajo, un individuo pálido y conculso. Nunca tuvo el espanto tan buen heraldo.

—¿Qué pasa?—le preguntó la autoridad.

—Vaya usted corriendo—contestó como pudo el interpelado—á la casilla del paso á nivel, en el camino del monte... Venía yo de hacer una poca leña y he sentido dentro de la casa dos ó tres tiros...

A los pocos momentos, iban el cabo y un número pisando el áspero camino lleno de baches y charcos helados. Andaban sin charlar, porque sus almas rebosaban de pensamientos tristes y de lúgubres presentimientos. La imaginación, suelta por sus cerebros, fingiales escenas espantosas, y ya pensaban tener ante los ojos ropas revueltas, cadáveres truncados y puños crispados por la agonía. Cuando vieron la casilla, sobre la cual extendía sus desnudas ramas una centenaria higuera, se quedaron como hipnotizados; pero cuando recelosos se asomaron por la abierta puerta y vieron en la cocina á dos pequeñuelos jugando sobre una estera y á los padres sentados junto al hogar, experimentaron una gran decepción.

—¡Qué perfecto fingimiento!—masculló el cabo. Y dando un puntapié á la puertecilla, pasó dentro con su compañero.

—¡Hola, amigos...!—exclamó el guardabarrera.

—Nosotros no somos amigos; somos la autoridad... Y ¡alto á la autoridad...!—concluyó el cabo dirigiendo al hombre el cañón del fusil.

Estupefacción de la familia y llanto de los chiquillos.

—Aquí, dentro de esta casa, se han hecho disparos. Aquí se ha cometido un crimen y vano es el disimulo...

La familia ríe á coro y la estupefacción se traslada á los guardias. Acabada la risa, el guardabarrera exclama:

—Venid á mi alcoba... Es de lo más raro que habréis oído... No una pareja, sino un tercio entero debiera verlo...

En la alcoba estaban las ropas de la cama desordenadas, los muebles caídos y desarreglados, el suelo y aun los frisos llenos de coágulos negruzcos y entre la cama y la pared había un bulto cubierto con una colcha, por debajo de la cual corrían hilillos de sangre. Los guardias, muy hoscos otra vez y temerosos de una aňagaza, requirieron los fusiles; pero levantada la colcha, vióse, no una persona, sino un cerdoso jabalí. Entonces, el guardabarrera habló así:

—Hoy cazan los señores de Iturbe en el vecino monte, y este jabalí, mal herido y hostigado de cerca por jaurías y ojeadores, logró escaparse y se le antojó saltar por la ventana que, como veis, está casi al nivel del suelo. Lo vi, cerré todas las salidas y me entretuve en fusilarlo sin riesgo... Y nada más...

—¡Sí es una caza estupenda, amigo mío...!—dijo el cabo.

JOSE A. LUENGO.





# LOS GENEROSOS

COMEDIA INFANTIL EN UN ACTO

## PERSONAJES

D. Benito, sesenta años; Luis, trece; Manolita, doce; Damiana, criada, cincuenta; Roque, doce; Petra, diez.

La escena representa el cuarto de estudio de los niños. Sobre la mesa y las sillas, varios juguetes, y por todas partes, cajas en desorden.

### ESCENA PRIMERA

ROBERTO y D. BENITO.

Roberto está escribiendo y D. Benito entra en la habitación y se acerca muy despacio á ver lo que el niño escribe.

D. BEN. ¿A quién escribe el señor D. Roberto Velasco y otras hierbas?

ROB. ¡Hola, abuelito! Estoy escribiendo á los Reyes.

D. BEN. ¿A los Reyes Magos, naturalmente?

ROB. A esos.

D. BEN. ¿Y qué les dices, si no es un secreto?

ROB. Sí que es un secreto; pero á tí te lo puedo decir.

D. BEN. Veamos ese oráculo espantoso.

ROB. ¿Cómo espantoso?

D. BEN. No hagas caso; es un decir. Son versos de un drama de cuando yo era joven. Por-

que aquí donde me ves, con mis sesenta años á costas, yo he sido joven y niño como tú.

ROB. ¿Y escribías cartas á los Reyes Magos?

D. BEN. En mi tiempo no existía esa costumbre. Poníamos nuestros zapatitos en el balcón y esperábamos á que nos trajeran sus regalos, sin avisarles previamente los que deseábamos.

ROB. ¿Y tenían que adivinar lo que queríais?

D. BEN. Como son magos, lo adivinaban perfectamente.

ROB. Pues ahora, todos mis amigos los escriben.

D. BEN. Ya lo sé, y eso facilita la tarea de los Reyes en los bazares, porque así no tienen que pensar en adivinar nada. Pero vamos á ver ese secreto.

ROB. Pues verás, abuelito; como por estos picaros sabañones no he podido ir al colegio hace quince días, porque apenas puedo andar...

D. BEN. Ya comprendo. Estás muy atrasado en tus lecciones y temes que los Reyes te tengan por un niño desaplicado. ¡Qué bien lo has comprendido!

ROB. ¡Qué bien lo has comprendido!

D. BEN. Los viejos, Roberto, tenemos algo de magos también, como Gaspar, Melchor y Baltasar. Pero no te apures, porque los Reyes lo comprenderán mejor que yo por magos y por viejos. ¡Ya ves, tienen más de mil novecientos años!

ROB. Pues mira lo que les digo.

D. BEN. *(Lee sonriendo la carta.)* Está muy bien; pero debes escribir otra para que los Reyes no vean estas faltas de ortografía. Has puesto bazar con v y automóvil con b. Yo te la corregiré y tú la copiarás con cuidado.

ROB. ¡Qué bueno eres, abuelito! ¿Y tú crees que á pesar de los sabañones...?

D. BEN. *(Se sienta á corregir la carta.)* ¡Allá veremos! Yo creo que se harán cargo de que has faltado al colegio contra tu voluntad. Porque yo creo que tú habrás sentido mucho no poder ir al colegio.

ROB. *(Algo cortado.)* Esa es la cosa, abuelito; que como esos señores dicen que adivinan las cosas...

D. BEN. Ya lo creo que las adivinan.

ROB. Pues, entonces, se habrán enterado de que algunas mañanas, cuando veía á mis hermanitos levantarse tan temprano para ir al colegio...

D. BEN. ¿Qué? Acaba.

ROB. Pues... que me alegraba de no tener que levantarme y me gustaba quedarme en casa.

D. BEN. Sí que es un demontre que los Reyes se enteren de que no eres un modelo de apli-

cación; pero, por otra parte, les gustará saber que lo confiesas francamente y no dices mentiras. A los Reyes les sucede lo que á mí: lo más antipático para ellos es la mentira y la hipocresía.

## ESCENA II

Dichos, DAMIANA, LUIS y MARIA.

LUIS. ¡Ola, abuelo!

MARIA. Buenos días, abuelito.

D. BEN. ¿Venís del colegio?

DAM. *(Al ver el desorden de la habitación.)* ¡En el dulcísimo nombre! ¡Qué atrocidad!

D. BEN. ¿Qué pasa?

DAM. ¿Pero ha visto el señor qué desorden? ¡Todos los trastos por en medio!

LUIS. ¿Cómo trastos? Son juguetes algo deteriorados, pero...

DAM. Broza y nada más que broza. ¡Santo Dios, santo fuerte! Vergüenza da talmente entrar en este cuarto.

MARIA. ¡Ave María!, mujer, tanto como vergüenza...

LUIS. No se as exagerada, Damiana.

DAM. Damiana, Damiana. ¡Pobre Damiana, que no tiene manos para arreglar lo que desarreglan estos bribones!

LUIS. ¡Atiza! ¡Ya escampa!

D. BEN. ¡Siempre la misma! Llevas treinta años en esta casa y no has cesado de gruñir desde el primer día.

DAM. ¡Bendito y alabado! Sí, soy muy mala, señor.

D. BEN. ¿Quién te dice tal cosa, mujer? Eres buena como el buen pan; has criado mi hijo y has cuidado de mis nietos. Nos has consagrado tu vida entera y nos quieres con todo tu corazón, pero nos gruñes, porque no lo puedes remediar, porque eres una castaña.

LUIS. ¡Ja, ja! ¡Una castaña!

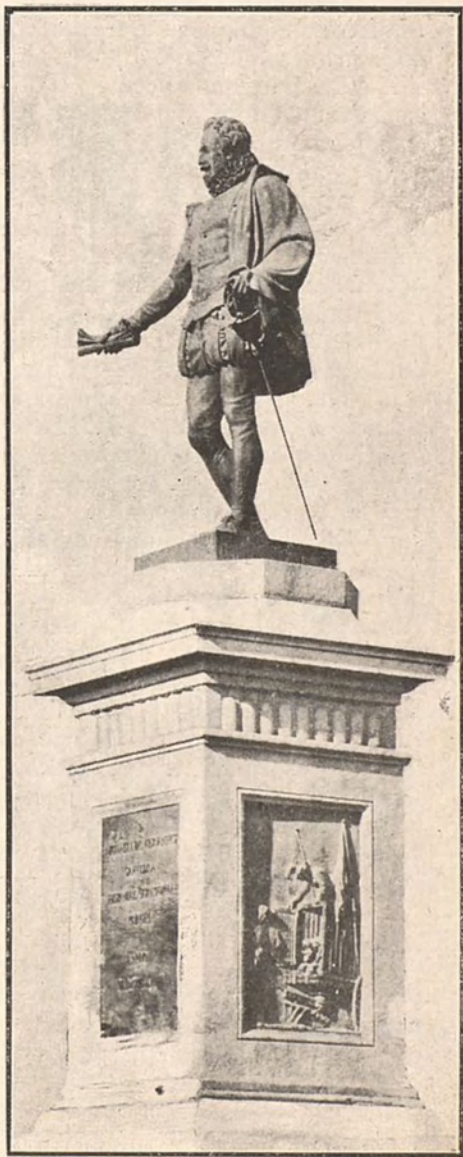
MARIA. ¡Una castaña!

ROB. ¡Una castaña!

*Continuará.*

## MIGUEL CERVANTES SAAVEDRA

El universal é inmortal autor de *Don Quijote*, libro que es uno de los mejores títulos que presentamos los españoles al respeto de la humanidad entera, nació en Alcalá de Henares el 9 de Octubre de 1547. De sus primeros años poco se conoce, suponiéndose que en la Universidad ó colegio de los Jesuítas de Sevilla hizo sus primeros estudios. Desde el año 1568 es más conocida su vida; por entonces cursó en Madrid, bajo la dirección del ilustre Juan López de Hoyos, hasta Diciembre del mismo año que partió á Roma como criado del cardenal Julio Acquaviva. Soldado en la compañía de Diego de Urbina, pelea bajo las órdenes del general Marco Antonio Coloma en Italia y en la memorable batalla de Lepanto. En ésta, hallándose con calenturas, pidió ocupar su puesto en el peligro, combatiendo tan heroicamente que recibió dos heridas en el pecho y una en la mano izquierda, que le quedó inútil para siempre. Desde entonces, los testigos presenciales de su arrojo y bizarría le pusieron el mote de *El Manco de Lepanto*, título que él ostentaba con orgullo. Tan desgraciado accidente no le alejó del servicio militar, antes bien, siguió y se encontró en las acciones de Navarino, Corfú, Túnez y de la Goleta, sin dejar de pelear sino cuando la enfermedad le privó de ello. Trasladado á Nápoles, embarcó con rumbo á España en la



galera *El sol*, la cual fué atacada y apresada con todos sus pasajeros por piratas argelinos. Cautivo en Argel, no sólo pensó en fugarse, sino en rebelarse al frente de los 30.000 compañeros de desdicha, con ánimo de alzarse con el dominio de la ciudad y regalársela á su patria. A poco de ver malogrado su deseo, le rescató un santo religioso, llegando á Madrid el año 1580.

Disfrutando de alguna tranquilidad, comenzó á publicar obras, siendo la primera que salió á luz la novela pastoril *La Galatea*.

A ésta siguieron sus comedias de la primera época, de las cuales sólo conservamos dos: *Numancia* y *Tratado de Argel*. Como todos estos trabajos no producían á Cervantes lo que necesitaba para sostenerse, pidió y obtuvo el cargo de proveedor de la armada *Invencible*, pero, como la fortuna no favoreció á ésta sin rival escuadra, se vió precisado á solicitar un destino en América, que no alcanzó por falta de apoyo, teniendo que conformarse con ser recaudador de contribuciones, que fué lo que le dieron. Por infidelidad de un miserable criado suyo, fué preso, padeciendo sin culpa tres años de cárcel.

Por este tiempo se cree que escribió la primera parte del *Quijote*, toda vez que ya se vendía á primeros de 1605, y la segunda, desde 1606 á 1615, que fué cuando se dió á la estampa.

La felicidad durante la vida no era patrimonio concedido al que había de lograr la de la inmortalidad en grado que ningún hombre disfrutó, y por si alguna desventura le faltaba al genio español, allá por el año 1654 salió de las sombras un libro que decía: "*Segunda parte del Quijote*", escrito por un envidioso sin talento que se firmaba Alonso Fernández de Avellaneda, obra que vale, al lado de *Don Quijote*, lo que un brillante falso al lado de uno legítimo, con propósito de mermar gloria y dinero al glorioso soldado.

Cervantes, después de dejar escritos no menos inmortales, como las *Novelas ejemplares*, *Numancia*, la mejor tragedia patriótica española; *El valentón*, que es uno de los más famosos sonetos escritos en castellano, y otras composiciones dignas de estar en la memoria de todos los españoles, trazó, cuando ya los dolores, las contrariedades y una lucha sin ventura le tenían sujeto al lecho para no levantarse más, la dedicatoria de los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda*, dirigida al conde de Lemos, la página más conmovedora que genio humano ha compuesto. Cuatro días después entregaba cristianamente su alma.

Era el 23 de Abril de 1616. Pequeño lector de GENTE MENUDA: ama y respeta á Cervantes, y la mejor prueba de amor será leerle, cuando, ya más adelantado en tus estudios, puedas dedicar este homenaje al varón que más ha contribuído á que vivamos en la memoria y en la veneración de pueblos más fuertes y más adelantados.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.